Esteban Cid

Reclusión de mí mismo

Poesías 1986-2001

2001

El mundo se mueve y yo no lo sigo.
Me contengo
en la reclusión de mí mismo
escondido dentro de mis ojos
para no estallar
ni repartir tinieblas
entre estas vanas luces.

Me sostengo
con el aire en mis pulmones
y tibieza en la sangre.
Sólo por eso.



Palabras al amor que has buscado



Ya no importaba nada, nada era
más profundo o terrible que esas horas
que cerraban fantásticas auroras
en ocasos de noches lastimeras.

Ya era poco el soñar, una osadía
de desconsuelo, pena y amargura,
un enjambre de dardos en la dura
tarea de olvidar tanta alegría.

Y en esa oscuridad casi infinita,
que el desaliento con la luna labra,
fuiste la brisa que a la flor agita,

el nuevo néctar en la miel macabra,
la voz cansada que revive y grita
en la resurrección de la palabra.

No te busco
en los tímidos ensayos de una tarde
como errante por caminos conocidos
por el hecho de tenerte unos instantes.

Yo te busco
no por fuego o por pasión o por victoria
sino por el secreto de tenerte
y guardar ese secreto entre las sombras.

Me gusta caminar estos límites inciertos
marcándote fronteras de estrellas en el pecho.

Caminar con mis pasos tus pasos sin regreso
hasta zonas lejanas de sueños y recuerdos.

Y así llegar un día al confín del silencio
donde quizás vos me esperes y sé que te espero.

Con la noche,
con los últimos minutos de la noche,
jazmines invisibles flotaron en el aire
anunciando que las sombras estudiadas de tu pecho
eran horas de espera milenaria.
Y entonces sí,
entonces nuestros tiempos fueron juntos,
un mismo camino al horizonte,
enlazándote mis pasos y enlazándome los tuyos
quizás cumpliendo el viejo rito,
quizás creando nuevos hechos.
No lo sé.
No es éste el momento de descifrar antiguos códigos,
ni andamos este rumbo buscando la quimera.
Sólo al cruce del recuerdo hemos salido,
como forma de cerrar este presente
con un círculo de fuego que nos fluye desde adentro.

Nuestra historia sobrevive,
pese al tiempo, la derrota, los silencios y la muerte.

Un río de jazmines
amaso en el pan de tu mirada.

Como un sueño repetido y repetible
navego por la niebla de mis aguas.

Todo este aroma proviene de tu carne
y de mi carne fusionadas en alguna madrugada.

Todo este cielo que ilumina los sonidos
brota de tus manos como una cascada.

Y el brillo de las gemas codiciadas de tus ojos
como sables que atraviesan atraviesan por mi pampa.

Sin saberlo todavía, esta niebla que es mi ruta
con las brumas infinitas unirá su aristocracia.

Y en mi barco de la noche
pasaré de costa en costa hasta anclar en la mañana.

Sentado
con un sinsentido de palabras brotándome en silencio,
te espero,
como si esperándote en silencio
tu cuerpo
fino y quieto
apareciera por los aires flotando tras el viento.

Sentado
casi eterno
pienso si este acto de derrota de esperarte no es un ruego
inútil, imposible, perdido, secreto,
algo vano que ilusiona vanamente mis anhelos,
algo fútil, algo inerte, algo horrible, algo muerto.

Sentado
en el hábito de sentarme y de esperar y de rogar hacia los cielos
que una tarde o una noche aparezcas con tu pecho
y tus ojos y tu boca y tus labios y tu fuego;
sentado
en las penumbras de unas horas que galopan como potros sin consuelo;
sentado
tras el umbral escurridizo de una noche y de unos sueños
misteriosamente ciertos una noche unos momentos;
sentado y sin aliento
te espero.

Aún a la distancia te huelo,
y no es la lejanía cotidiana,
es otra más profunda, y sin embargo,
estás tan cerca que te huelo, todavía.

Esta noche yo te busco. No hay estrellas
(aquéllas que cobijaron nuestras noches)
y parece que estás, de otro modo:
te huelo, te presiento, te acaricio.

Es terrible esta ausencia, con perfume
de recuerdos de noches y de días;
mas es parte de esta dicha de tenerte
sin tenerte presente unos instantes.

Quisiera beberme la savia profunda que emana de un lago distante,
la savia lejana que extraño y que lloro,
la savia imposible,
la savia secreta que calla a mis ojos.

Beberme el veneno que de ella elaboro,
saber que se queman mis vísceras
y así beber y morir,
morir y beber.

Quisiera beberme la savia profunda
que brota en tus ojos. Los ojos que aún lejos
son lámparas verdes al calor del fuego.
Y todavía sabiendo que ellos me matan si bebo,
asir y morirme, bebiendo.

Dame tus ojos, y en ellos, tu esencia.
Traducir a palabras lo que nunca se ha dicho:
"ella jugueteó por mi alma hasta descubrirla vacía"

Dame tus manos, y en ellas, tu fuego.
En gestos toscos un amor dulce:
los jinetes no conocen más espuelas que las suyas.

Dame tus días, y en ellos, tu vida.
Completarte el libro del destino a mi modo y arbitrario:
trazarte una línea de amparo a mi lado.

Dame tu tiempo y con él, tu desvelo.
Tu eterno prefigurar las cosas.
Arribaremos a la aurora de lo oculto,
sin ojos ni manos ni días. Y plenos.

Entonces sucedió que saboreé lo innombrable,
el vértigo en mis manos, atrapado en mis labios.
Y la noche cómplice. Y el aroma agradable.

Tal vez no conduzca el rumbo
pero seguiré refugiándome entre tus piernas
ambas márgenes de un rostro
que nace en la oculta madrugada.
Llevo las marcas del viaje, cargo
cartapacios de tu boca
impresos en la sangre como un tatuaje,
bebida de sedienta historia.
El espejo no refracta las imágenes
de un barco naufragando ante la costa:
el jinete monta al fin en sus corceles
y se inmola ante los dioses que dialogan.

Los caminos del destierro



He decidido que camines solo
los caminos de tu destierro:
ni aunque supliques volveré la vista
hacia tu cuerpo.
Me pesaste tanto, tanto fuiste
una tenue sombra en mí mismo
que ya no quiero continuar cargándote
hacia tu abismo.



Tomar el cuerpo y serenarme
de soles
de recuerdos
de sueños
de aire

Tomar el cuerpo y dejarlo
en un rincón,
recostado,
flagelado,
muerto.

Tomar el cuerpo y desgarrarlo, desangrarlo,
disgregarlo, olvidarlo,
mutilarlo, incendiarlo

y entonces,
de la nada,
comenzar a ser otro,
comenzar a hacer otro,
un poco más real.

Algún día montaré mi caballo de la muerte
y así cabalgaré por las estepas de lo oscuro
sin más equipaje que esta alforja con mis pecados,
sin horizonte ya, sin destino, sin futuro.

Ah, ese glorioso día que ya estoy esperando
será una perfecta redención para mis abismos:
aunque el castigo infinito se ensañe conmigo,
no se igualará a este cotidiano martirio.

El camino está. Intacto, riguroso, preciso.
Hoy soy materia. Mañana, sombra. -El destino-

Adecuo mi cuerpo a las inclemencias del viaje.
(Torceré muchos rumbos declinando las tardes)

Delante, la luz. Detrás, la belleza
de horas pasadas que lentamente se vuelan.

Delante, la senda. Atrás, vagas líneas
que borran las horas que algún tiempo fueron mías.

...Lista la partida... Viento leve que me sopla.
Comienzo la marcha que me llevará a ser sombra.

Yo;
y dentro de mí todo el tiempo.

Núcleo.
Todo girando a mi alrededor.

Grande figura.
Poderosa mirada.

La duda -la certeza-
y la lágrima.

Las horas comienzan a ser trascendentes
cuando sabemos que son las últimas.

El egocentrismo
cede paso a lo eterno.

Pequeña figura.
Débil mirada.

La duda -la certeza-
y la corrección:

El tiempo;
y dentro de él todo yo.

En otro tiempo haber sido uno y único
y hoy frecuentarse en muchos y distintos

Este es un día difícil de vivir,
y a partir de hoy todos serán iguales.
Debo acostumbrarme a caminar a tientas
por el desierto que compartiéramos...

Cuando amanezca
no estará mi sol alumbrándome,
lastimándome las pupilas,
ensangrentándome el alma.
Tanto daño me hiciste
en este juego de apariencias,
tanto sufrió mi carne
la ausencia de tus manos...

Pero ahora todo será diferente,
todo deberá ser distinto
para que mis pájaros vuelen
al horizonte, sin destino.
Pero ahora todo será nuevo
y un nuevo dolor sacudirá mi angustia
para intentar nuevamente el cielo,
esa ilusión que me duerme y arrulla.

No sé qué pasará de aquí en más
ni sé si habrá algo detrás de este muro,
una voz y una luz sin rostro que quizás fueran
aquellas que siempre quisimos.

Los ocasos son distintos tras esta máscara
y tus palabras pueden parecer fatalmente trágicas.

Y en este Via Crucis marcho sin rumbo a mi morada
sin Cristo que redima mis pecados
para morir yo en mí, una vez más,
y transitar mi camino, como el resto de mí mismo.

En esta incertidumbre del vacío,
que atesora recuerdos ya lejanos,
voy cargando este cuerpo casi mío
como llevando un siglo entre mis manos.

Avatares de un viaje sin retorno
son los pasos que pasan sin sentido
ocultando el secreto dolor no
ocultado, no muerto, no perdido.

Y si éste fuera el último pesar
que me pesara, yo renacería
del fondo de mi abismo savia nueva;

mas una débil ola, contra el mar
es como un tenue ocaso para el día:
una frágil tormenta sin que llueva.

Para poder liberarme
me dejo caer por el abismo
hasta sangrarme.

Y podría intentarlo nuevamente;
ya no me quedan recuerdos
pues estoy enterrándolos de a poco.

Una dulce muerte para un cuerpo vacío.
Apenas un alivio
para un hondo dolor.

Llevándome el secreto, las palabras
nunca pronunciadas
dejando de ser una carga
para tus débiles espaldas.

Las cosas que se impregnan de vos
son tus armas,
nuevas armas.
Pero, ¡ay!
te falta una coraza
mágica
que te transporte en el agua
bárbara
a tus raíces,
a tu morada.

Te falta blasón
y te sobra espada.

Encerrándome en mí mismo
hasta llegar a mí, sin mí,
encontrándome vacío
a la orilla de mis ojos
y renovado.
Pero en mí, sin mí
como anulándome
para renovarme
por mí, desde mí mismo.

La última sonrisa:
La última ilusión;
El último instante de esperanza;
Todo vestigio de vida
acorralados.

Este cuerpo cansado de sí mismo;
esta furia de nuevo agazapada.

Otra vez yo
sin mí y conmigo.
Y nada.

¿Qué será este vacío que me funda
en constelaciones de soles fríos
provocándome máscaras inconclusas
y continuos devenires sin destino?

¿Será éste el modo que encontrara mi alma
de purificarse en ritos de exorcismo?
¿Será así la forma de trastocar, cambiada,
mi historia en jirones de mí mismo?

Ya no hay jinetes en mi destino nómade
¿dónde habrán quedado las estrellas
diminutas y felices como aroma de
otros tiempos, esas estrellas?

¿En qué punto enraicé con mi memoria
las horas los instantes la victoria
y la pretendida felicidad casi infinita,
ínfima y efímera felicidad infinita?

Yo ya no soy yo, sin mi jinete,
sin un jinete que me condujera...
Estos días avanzo los soles a tientas, y sin manera
de retomar rumbo. Y la muerte arremete.

Tu suerte
Tu mancha

Disparado en tu nuevo camino
te miran tus ojos aquellos
como consintiendo y alejándose...

Un pálpito a medida:
el perfecto páramo en el que nada ocurre;
allí donde todo sucede pero nunca duele,
nada persiste que alimente odios,
todo nace para crecer tranquilo;
un páramo como perenne paraíso,
y la sal de la tierra diseminada,
y las raíces al suelo, al cielo,
y la recomposición del cuerpo.

Sólo hubiera querido preservar al fantasma
de las insidiosas reprimendas del Olimpo.

En alguna remota zona casi escondida del sol y del calor, un rayo convirtió las sombras en néctar e invadió pacíficamente con torrentes de oro rubio hasta el último rincón deshabitado. Lo cierto es que esa invasión fue permitida por las mismas sombras, pronunciada y repetida por ellas mismas y fomentada hasta el hartazgo por su necesidad de luz. Pero un cuerpo casi inerte no revive mágicamente si no es con dosis cuidadosas de vida, y no con sobresaltos impetuosos. Por esto ese cuerpo salió momentáneamente de esas sombras, para morir luego definitivamente, pues la agonía no suele aceptar optimistas mejorías si no es a costa de abruptas muertes posteriores.

Solo y en silencio,
sobre todo.
Sin abrigo,
sin sábanas frescas, ya.

Solo y en silencio,
sobre todo.
Y con una tristeza
que me protege de la lluvia
en los días con sol.

Vacío y a la espera, así me siento,
a un paso de caerme al precipicio,
tras haber palpitado el inicio
de una aurora que huyó en raudo viento.

Vacío y a la espera, así me siento,
llevando entre mis manos el suplicio
de perpetuar la dicha en sacrificio
cargando este duro presentimiento.

Y vivir derrotado por aquello
por lo que tanto anhelo; sin sentido,
dejándome engañar por el destello;

aguardando el milagro prometido,
aguardando las sombras de Lo Bello,
sabiendo que no vuelve Lo Perdido.

Hay tanto por hacer en este cuerpo...
Hay tanta fuerza primitiva. Hay tantas
Marchas y contramarchas por lo mismo...

(Modelar nuevamente el primer barro;
Amasar nuevamente la esperanza;
Inventar nuevamente el amor.

Preferir la sonrisa ante la lágrima;
Distinguir cuál es flor y cuáles frutos;
Saturar la memoria de calor)

...Hay mucho por hacer en este cuerpo...
Hay demasiado. Y muy poco tiempo.

Repaso de uno mismo

Me he visto en el espejo
-reconocí mis facciones-

Los ojos fijos
la nariz algo rígida

La mano cansada
de flotar por cien cuerpos

Y el rostro prestado
por ése, mi espejo

Me he bañado en estas costas donde el agua es más barrosa.
He bebido de mi sangre un espejo de derrotas.
Pasé las puertas cerradas invocando palabras
que no has pronunciado nunca y mi voz te reclama.
Cada paso que yo he dado era un paso compartido
porque aunque sé que no estabas, tu cuerpo se hacía mío
en esos cuerpos sin rostro, sucediéndose alocados,
enturbiándose en las sombras, y reclamando...

He andado nuevamente los caminos del destierro
que me llevó a tu morada y me rodeó de desiertos,
pues buscando la salida de este férreo laberinto
sólo encontré la manera de regresar a lo mismo.

Aún por las noches pienso en él
y en cuando él era yo.

A veces olvido que cargo lo innombrable
y entonces me veo desnudo y sonriendo
sin aquellos rostros que corroen mi refugio
sin la metáfora de lo cotidiano
sin sortilegios de profanas metamorfosis
sin ese yo tan poco yo que surge
cuando a veces olvido que cargo conmigo mismo.

Una sombra
poderosa sombra que aglutina rostros y momentos,
una sombra incierta que navega las certezas y los sueños,
una sombra innominada que pasea entre las llagas de mi cuerpo,
que decide que esta hora es el vértigo del sol amaneciendo,
que libera que devora que acurruca que estremece el movimiento,
que erotiza
que se asume sombra de la sombra de un recuerdo,
que reúne en una fiesta las infinitas formas del jinete muerto
y que harta de ser sombra corporiza su destierro.

En un nuevo intento
ahogué las palabras
que siempre brotaban
llamando y pidiendo.

Para sentirme cielo
acallé las palabras
y empecé mi mañana
volviendo a los comienzos.

El silencio construye
un tranquilo futuro,
una tibia esperanza;

el silencio le teje
el camino a mi rumbo,
redención a mi alma.

El desterrado avanza
lavándose los ojos,
pidiendo clemencia
al otro que me mira
como sabiendo.
Somos uno y somos muchos
en la crucifixión del pasado,
hacia el alba sin nombre;
y cada cual en su camino
intentando la suerte
y tentando la suerte,
odiando ese rostro
que nos ha desterrado



Práctica trágica



Práctica trágica

I

Plásticas miradas
impávidas mágicas estáticas
hieráticas miradas
la sábana recámara y la lámpara
plásticas miradas selváticas palabras
iniciáticas pátinas
fantásticas erráticas
máxima fláccida rígida
la sábana recámara sin lámpara.

II

Envuelve falange erecta su sueño
transita la noche vuela misterio
acerca frontera y
c
o
n
s
i
g
u
e
tenerlo.

III

viento lleva
barre deseo cae
llora adiós miente

Nada del pasado subsiste en el presente.

Dolorosa posibilidad de haber sido.

Un sembrado en la noche silenciosa.
Una palabra, la palabra que no nombra,
define esta confusa desesperación de las espadas.
Y la incógnita aferrada al infinito
y la sed devorándose mis sábanas.

Quisiera que hablemos claro:
cuando escribí *jinete*
quise decir trueno, fuego, tempestad, rabia,
y esto sería
dulzura, calma, amor, esperanza.
Pues las palabras no nos unen
ni nos separan:
nos esparcen en las hojas,
nos mutilan desde el alma.

Nombrar en la hoja las cosas sin nombre
que transitan la zona vedada,
para contornear la mitología inasible
en imprecisas ilusiones de palabras.

El momento exacto en que el Oráculo decidió enfrentarme a los
faunos dorados: la distancia que me aleja del Cristo que me mira,
mientras fabrico una mitología reconstruida en los harapos de
la letra.

El símbolo de lo innombrable es tan poco nítido, tan poco visible...
Sólo sé que tuve frente a frente el néctar de mis amantes y
entonces yo sin sed, yo en la urgencia repentina por
la nada.

La palabra no sana, la palabra no calma. El Oráculo sabía y
callaba, el Oráculo que enfrentaba el símbolo innombrable y los
faunos dorados también apagaba la sed instintiva de beber de
esas aguas.

podría acariciarte podría asesinarte digo que dijo
qué bien me sentaría un centauro dice que dije

a veces, cuando me canso
cavo mi propia tumba
y me recuesto un rato

un hilo, eso pende
de eso depende

ah, enigmática vida

y tras las letras encontrar refugio
un débil refugio de agua salobre
que calma mis preguntas ante todo
pero nutre la savia de la desesperanza

parentesco lejano
mutilado verdor en la cadencia
el recuerdo del fauno inmaduro
la imposibilidad de asirme de sus brazos
el desdoble del espejo misionero y peregrino
la cruz que me azota en las espinas
dolorosa prohibición entre las piernas
identidad perdida que se encuentra
ni bien se borran las páginas de la tierra.

La voz, la enamorada que reclama a vos
resultados perdidos y casi odiando
reclama la esclava proclama
derrotas ignotas provoca y revoca
chilla y memora, niega y Sodoma.
La voz la enamorada y vos.

El oro,
ese feroz deseo que nos delata,
lo que no se encuentra
si no se atraviesan yacimientos
y aun atravesándolos
nada garantiza algo.

El oro
el deseo de alzar la vista al cielo
y hallar el sol perfecto y único
que se nos ha destinado.

No se encuentra ese oro
revolviendo las entrañas de otros ghettos
y la primera lección por aprender
es que ese obstinado mineral se desdibuja:
creemos entreverlo entre palabras
que se vuelan ni bien soplan leves brisas.

Sutil ambigüedad de las palabras,
que permite nombrar lo cotidiano
con las formas borrosas de la aurora
y las líneas difusas del ocaso.

es fuego es nada es furia es algo
y vacío y rosas y espinas y deseo
tal vez
coronación angustia néctar aire

la marca del fuego te hace tan puro
te hace tan lindo tan desdichada

alto alta blanco blanca áureo áurea
gato gata perro perra esclavo esclava

gris, locuaz, infantil, detestable
INDIFERENTE

la vida corre entre otras puertas
y vos jugando al sexo con palabras

Me mira
y las palabras se detienen justo donde podrían ser palabras
ser corrientes eléctricas
ser impulsos ocultos
ser la raza del raso
ser chispas de deseo
y se calla mientras mira y contiene las palabras.

Y entonces veo
al fruto cruzándose de piernas
ofreciéndose inmaduro
al hereje y su hoguera

Militancia de la escritura:

decir el hombre
el
hom
bre
e
l
h
o
m
b
r
e
la nada silabeada
la nada deletreada
el vacío combinado
la multiplicidad de una palabra
la vereda de enfrente
el sol y la luna
hombre mujer niño niña
Edipo y Narciso
la palabra que marque que desarme que coexista
la palabra en el espejo
el espejo de la palabra
y nada y nada y nada y nada
asumir la palabra sin palabra asumida
un prisma, un cuerpo
un cuerpo prismado en calidoscopio
destellos desviados hacia el espejo
hacia la palabra
y desvíos desvíos desvíos desvíos
siempre la senda recta que lleva al destierro
siempre el recto
siempre el desvío
la lengua que nombro me nombra y desvía
lleva al desvío
y el hombre
el
hom
bre
e – l – h – o – m – b – r – e
el nombre
el
nom
bre
e – l – n – o – m – b – r – e
la nada la nada la nada la nada

Tu miedo a la palabra
Tu miedo a que te nombrara
Tu miedo a gozarla.
Pero la palabra te marca
Horada tu mirada
Conserva tus sábanas.

Poética del desasosiego



Amo el perfume del ocaso,
no por convicción,
sino por la constante costumbre de derrota.

Amo el olor de cosas viejas,
no por edad,
sino por lo inaccesible de su historia.

Amo la imagen de tu cuerpo,
no por amor,
sino por la imposibilidad de asirte desde el alma.

Mi alimento son migajas
que tu misericordia desgrana.

Palabras.
Y un largo ayuno hasta la próxima mirada.

Asido a mi vida como con un alfiler,
he sufrido tanto que ahora me cuesta serenarme
y beberme esta ilusión como si fuera
la primera

Y cada tanto seguiré buscando
aquellos antiguos faunos,
sediento en mi mitología,
adorando los mismos dioses
renovados y distintos.

Por si acaso
porque sí,
cubríme de estrellas:
quiero regarte el camino
para llegar hasta mí
transitando lo imposible.

¿Es tan difícil transponer esas distancias?
Yo estoy harto de saltar hacia el vacío
cayéndome y cayéndome
siempre haciendo pie en las mismas rocas
encallándome los talones
y siguiendo.

Ah, esta gota de rocío no ayuda, no enfría... Sólo un mar; el mar incontenible contendría toda esta furia, toda esta dulzura, todas estas migajas. Sólo el mar. Y sin embargo, qué cercana esta gota de rocío, qué perfecta en sus palabras, minúscula e inaccesible pero cerca.

Podría morir ahora mismo
si con eso supiera
que abarcaría en un instante
tu mente esquiva.

He hecho ya mucho en esta vida,
he andado las cornisas de tu mirada
buscando caerme hacia tu adentro
desde mi afuera fugitivo.

En esta tarde desmoronada
en que el ayer se diluyó en tus palabras,
podría morir ahora mismo
si con eso sofocara la tempestad de mis aguas.

¿Por qué esta lluvia me humedece
los huesos secos y cansados en su espera?
Mi mente ya sabe lo que el corazón no resigna
y esta lluvia que me horada... Y que me seca.

¿Por qué esta tarde yo te sufro
si es tan fácil olvidar una quimera?
¿Cuánto más habrás de hacer para que llore
esas lágrimas, al fin, que tanto queman?

Hubiera deseado otro final, la despedida
del beso, la caricia y tus ausencias.
Y me das esta forma tenue de la muerte:
la sutil sombra de tus ojos, la perfecta.

En mi otra vida
volveré por las cosas
que nunca hicimos
quizás por miedo,
miedo del feroz fuego
que nos uniera
y sin saberlo.

"Aunque éste sea el último dolor que ella me causa,
y éstos sean los últimos versos que yo le escribo"
PABLO NERUDA

I

Aún guardo los restos de una antigua fiesta
poblada de soles en tardes sedientas.

II

Nada de aquello te importó demasiado:
lo que no se conoce apenas si es algo.

III

El tiempo en que el tiempo parecía eterno
se borró con sólo vivir el intento.

IV

En la noche,
sin saberlo,
sin medirlo,
sin pensarlo.
Y perdiéndolo.

V

El cobarde que abandona el barco porque
ha sentido zozobrar ciertas maniobras,
como el pájaro que vuela la alta noche
y renuncia ante el silencio de las sombras.

VI

Éste no es su réquiem
pues la agonía fue planeada.
Ésta no es su muerte
pues a veces vibro en su mirada.

He bebido tu nombre en la cisterna de mis sueños
(tal vez apresuradamente)
pues estaba sediento de mañanas.

He comido tus gestos en la mesa de mis horas
(tal vez sin darme cuenta)
pues deseaba recuperar todas mis tardes.

Y he andado por las sendas de tu cuerpo
(casi imperceptiblemente)
creyéndome saciado pero sólo satisfecho.

Por eso,
alimentado un instante y echado a andar
añoro irremediablemente
(casi sin recordar lo sucedido)
y camino el camino irreversible.

Ya no tengo tu mirada sobre mis manos.
Estamos solos. Inmensamente solos.
Separados.

Hubo una tarde, hubo una noche.
Quizás antes también hubo algo
en donde recordarnos.

Pero ahora caminamos solos
los caminos del destierro.
Separados.

Un amanecer nos juntó
las cabezas sobre los hombros,
felices de bebernos el cielo.

Y ahora estamos solos.
Inmensamente solos.
Separados.

Ya sin nosotros mismos. Ya sin nada a cuestas.
Este nuevo jinete que nació y murió a un mismo tiempo,
bebió de mí y marchó su rumbo...

Separado de mí.
Sin más destino que la estrella a su medida.
Separado de mí, sin mí, en su caballo.

Qué hora fue la hora que decidió la partida.
Ni yo supe que ése era el momento
ni vos avisaste que te ibas...

No alcanzó una noche para saciarme las venas
con tu sangre nueva.
...No pude siquiera sorber de tu alma el agua encantada...

Tal vez sabías que el instante era sólo un instante,
y por eso me diste la semilla amarga
del fruto salvaje que guardabas en tierra.

Pero ya no importa lamentarse refugiado en las sombras.
Estamos solos. Inmensamente solos.
Y separados.

Aspereza en el rostro,
congoja en el alma,
posesión efímera
de sábanas blancas
y restos de besos
besados por nada.

Quizás nunca comprendas qué fue exactamente
mas morirás odiando la planta sin fruto.

El oro del jinete en tránsito hacia el trópico
tornasoló en tus fauces de fauno inmaduro.

Me diste justo lo que ya no quería
en el momento en que ya no lo buscaba.

Fue bueno saber que aún es posible construir algo
aunque no nos interese para nada.

A veces me pregunto para qué la vida se empeñó en ponerte
frente a mí, esa mañana

obstinándose en que reparara en tu vuelo,
en tu mirada.

A veces me pregunto de qué vale el esfuerzo, ahora,
cuando sólo sería un camino bifurcado de palabras.

Y entonces me respondo que las cosas son sin sentido
como vos y yo en una noche, cuando ya no se espera nada.

Es una mañana de mayo en la que nada promete sosiego.
El futuro es incierto y el pasado tortura con certeras flechas de recuerdos:
ahí estábamos sentados y abrazándonos
allí caminábamos y el sol se nos guardaba en los bolsillos,
allá la vida parecía vida.
Entonces, la muralla infalible.
Ahora, este círculo de odio que yo irradio,
acá esta soledad que yo escondo y se escapa por mis ojos,
el miedo al primer paso y el tropiezo ante las rocas,
la desolación de un valle fértil secándose lento,
las palabras pudriéndose y el jinete esfumado
y los recuerdos como flechas en un mayo sin sosiego.

La tarde la noche vacío.
El cuerpo en penumbras y hastío.
Recuerdos y la piel en contacto
y la intermitencia de los rostros
y los labios besándose labios:
el pasado sin vida en mis ojos.
La tarde, la noche, vacío

Estrella Idéntica, en idéntica noche,
coronó Búsqueda
y néctar de Labios Sedosos
saboreó Ausencia.
Frágiles Ojos, aquella noche silenciosa.
Sueño Monocorde y Serpiente
en Maraña Vertiginosa.

Idéntica Estrella tutelar.
Idéntico Rumbo, hoy.
Y Solo.

Años Después.

Cuando el amor se agota en esperas inútiles,
lo mejor es marcharse lentamente,
hacia el tren que llegue a cualquier destino,
lejos,
para intentar allí recomenzar la historia
con las manos lastimadas y curtidas, pero verdes,
y los ojos cansados pero cristalinos
en un nuevo horizonte, a la espera
de que alguien acuda al llamado...
Será una tarde, será un recuerdo
soñado y nunca vivido: allí enterraré
cada una de esas horas sin sentido,
y las promesas, y las angustias, y todo
cuanto traiga un dolor viejo.
Será el momento del balance,
y quizás pueda dormir al aire libre,
aliviado de haber dejado atrás ese peso insoportable,
esa carga que no pude sostener sin alimento
ese conjuro temeroso que no supo de mañanas
(apenas entrevió un tenue amanecer)
esa dicha que una oscura confabulación me arrebató,
todo aquello que te recuerde como antes,
todo aquello que te nombre como antes,
todo
arrojaré al abismo por donde antes yo caía,
para liberarme de esta angustia
y buscar la felicidad que se rehúsa.

Recuerdo
que suspiraba
tibiamente,
hálito
desesperado,
pérdida
fatal.

Montado en el nuevo camino de la fatiga repetida
tentando la puerta que no abre,
aquellos suspiros, ay,
letra muerta,
ínfima ceniza.

Te conozco de cuando el mundo era distinto
y no había odio entre nosotros.
Creo haberte besado las manos pidiendo clemencia
entre las sábanas del Hotel de los Recuerdos:
seguramente dormías el sueño despierto
de la presa imprudente ante el fauno sediento.
Pero entonces decidiste volver
pues las brumas infinitas te amedrentaron.
Creo haberte abrazado en silencio y desesperado
sentados los dos en una oscura noche
sabiéndote libre y sabiéndome pobre
infinitamente ciego en mi llanto sin hombre
inútil e irreversible
en esa marcha hacia la nada.
Creo haberte besado por última vez
y haber intentado guardarte con todos mis sentidos
para quedarme con el recuerdo
el amargo recuerdo
de cuando el mundo era distinto
y no había odio entre nosotros.

Una mañana cualquiera
(ya no necesito de soles y pájaros de fiesta)
El lugar: algún sitio
(las playas y los jinetes son sólo un resquicio)
La persona: poco importa
(este cuerpo inconsolable ya está harto de derrotas)

Llueve una lluvia mansa; no parece
que lloviera siquiera en los rosales.
Estoy en primavera y son iguales
mi silencio y el canto que florece.

Tranquilamente llueve, con reposo,
apenas un refresco sin engaños;
la lluvia no me moja, y a mis años,
que el néctar no me roce es novedoso.

Los dioses recibieron mi destino,
pues ofrecí al verdugo, en mi rito,
los restos de la fiesta en el camino.

Sólo queda saber si a quien amaba,
la tormenta encerró tras ese grito...
Ese grito... La lluvia... Su mirada...

Valles desolados



El fugitivo
preparó su equipaje
de horas de sueños
alzó la mirada
–los ojos ausentes–
y despidió a su séquito.

El fugitivo
dejó vacíos
mis anhelos.

Un paso
a la izquierda.

Otro
a la
derecha.

Mil trescientos veintisiete pasos

y un precipicio

y una escalera

y el miedo

al camino equivocado,

a la detención inoportuna,

al corazón acorralado,

a la vida entre cornisas,

a la redención sin pecado.

UN CORAZÓN QUE NO RESISTE:

UN CORAZÓN QUE

P O

E L T

X A

por lo tanto, es decir,

no obstante, sin embargo

A veces no alcanza con la idea.
Entonces se mata a la persona.

El otro frente a mí

y yo

Infranqueables

Verde y feliz.

Nuevo y manso.

Tal vez desnudo.

Reencontrado.

La dicha de guardar en mi sangre nuevamente el cielo verdadero,
oculto siempre en otros cielos que yo mismo fabricaba...

Tengo las pupilas
hartas de imágenes repetidas.
(Pero mis ojos
no son un cementerio de momentos)

Tengo la boca
apagada de susurros inconclusos.
(Pero mis labios
no son un valle seco de palabras)

Tengo la carne
lacerada de cuchillos invisibles.
(Pero mi cuerpo
no es jirones que vuelan por el aire)

Y si tengo las pupilas hartas,
y la boca apagada,
y la carne lacerada,

pero aún veo,
y aún digo;
aún soy.

Algo como añoranza
una infinita soledad que me rodea,
a pesar de todo.

Una siembra de ilusiones camufladas en ríos que desaguan mar abajo,
a pesar de todo.

Y casi una esperanza,
casi un sueño vital en mis espaldas,
el punto en que se llega al perdón de las lágrimas
en furias feroces
en furias fatuas.

La noche ya no busca íconos erráticos,
la noche se esfuma entre las manos,
enloquece,
solloza,
abunda,
desgrana

y recala en las costas que aún no ha pisado.

Aquellas cenizas que aún no han muerto:

la infranqueable realidad que me rodea,

y el racimo de recuerdos que no cesan,

y las noches que reflejan en la ausencia,

y las voces que se alejan de sus pechos,

y preguntas que no saben su respuesta,

y saberse sobre el fango de la tierra,

y la certeza de la muerte en Primavera.

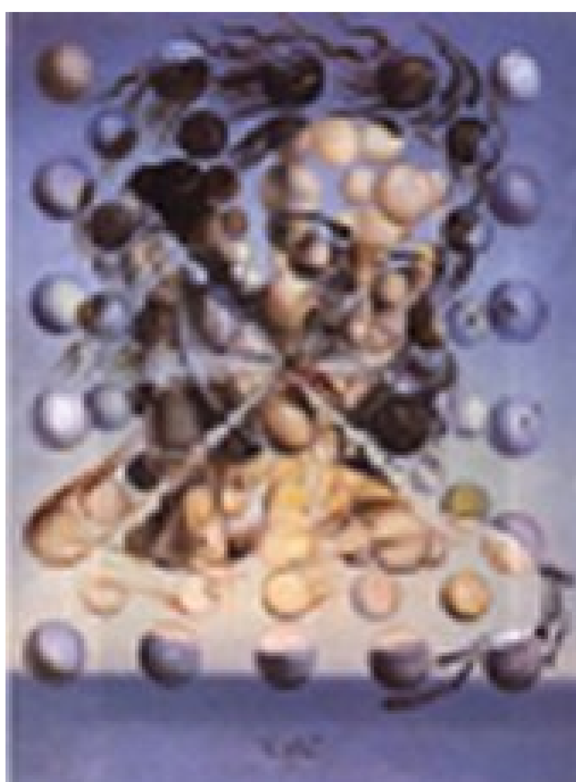
Un náufrago a punto de ahogarse en su propia destrucción divisa al soslayo un madero y durante meses lo mueve el esfuerzo por alcanzarlo paciente, sutilmente, hasta que lo logra y se aferra a él con todas las esperanzas que le afloran de zonas casi olvidadas y entumecidas por aquella su propia destrucción. Sin darse cuenta, madero y náufrago producen una simbiosis casi total en la que el náufrago es al madero, como éste es casi al náufrago, feliz de sentirse seguro. Al tiempo de conocerse, el madero (habituado a su vida de mar y olas, feliz entre ellos) comprende que el náufrago desespera y se aferra más, e impone un rumbo específico, y que ese rumbo no conduce rumbo propio, a la ruta sin ruta sobre el mar feliz que es la destrucción del náufrago, al tiempo que éste vislumbra el malestar del madero y siente más hostil el agua que es su propia muerte y felicidad del compañero, tornando más feroz su convivencia. Finalmente, el náufrago entiende que el madero navegaba libremente por el mar y que fue él quien se esforzó en llegar hasta el madero; que éste no lo había llamado; que se aferró a esa porción de esperanza en forma sobrehumana y descomunal, desmedida y autoritariamente; que creyó al madero su salvación, sin rumbo y a la espera de un dueño mientras que el tronco, consciente de su deriva, gozaba antes de su felicidad tanto como sufría ahora de su presidio; que de cualquier modo la vida le había regalado a él, un pobre náufrago en su propia destrucción, un último instante de felicidad mientras duró la simbiosis; que sus propósitos estaban plenamente colmados, y que ya debía soltarse, porque el mejor final pasaría a ser, minutos más,

el peor remordimiento.

Por si muriera
les ordeno que a mis versos los entierren en hilera;
que mi tumba sea una plaza donde suenen mil trompetas;
que me dejen una rosa a la hora de la siesta;
que el amigo que me quiso me visite cuando quiera;
que los pájaros me canten en un canto de protesta;
que con todas mis poesías me castiguen en la piedra;
que me dejen al descuido cascabeles en la tierra;
que no duden en gritarme si acaso no los oyera:

Yo estaré en mi nueva casa, expectante tras la puerta.
Y saldré a recibirlos, como si nada hubiera.

Fragmentos de una felicidad que se rehúsa



Canción de cuna

A Luz

Tres lunas te cantan jugando a la ronda;
mil voces te acunan en sábanas blancas;
y el sol perezoso se duerme en su cueva
para que la nena se vaya a la cama.

El ángel del sueño te da su conjuro;
las ramas del árbol te silban su nana;
la noche completa detiene sus pasos
para que la nena se duerma con ganas.

Las hadas de un bosque lejano y perdido
engarzan estrellas en cintas de plata
para que la nena, vestida de sueños,
se duerma y despierte, contenta, mañana.

La mañana es un trípode que sostiene a mis ojos.
La mañana es un sol y una luna grandota.
La mañana es sonido que vagaroso flota.
Es el dulce perfume de unos manzanos rojos.

La mañana es un rey que reparte tinieblas.
La mañana es un campo cultivado de trenes.
La mañana es un cielo que derrumba sus sienes.
Es un sueño fecundo que de almohadas me puebla.

La mañana es rubí que fulgura encantado.
La mañana es un pájaro que regresa incesante.
La mañana es reloj que regala este instante.
Es tenerte a la noche. Y despertar a tu lado.

Me gusta ver el sol reflejándose en la playa;
me gustan las mañanas y los atardeceres;
me gusta tu victoria, encerrada en mis paredes;
me gustan los silencios que a veces no regresan.

Me gusta oler las rosas. Me gustan los jazmines;
me gusta el mar distante y me gustan las gaviotas;
me gustan las murallas si el viento las recorta;
y si es la primavera me gustan los jardines.

Me gusta tu mirada y todo lo que me dice;
me gusta andar el aire como un ave distante;
me gusta ser pequeño y sentirme gigante;

me gusta darte un sueño y que nadie lo realice;
me gusta este segundo, mágicamente alado.
Y me gusta, ante todo, tenerte a mi lado.

El viento afina su nota
en la cara de las rocas.

Y la lluvia
prepara su intermitente figura.

¿Quién se anima a contradecir a las estrellas
que reproducen y multiplican su realeza?

¿Quién asegura que la lluvia, al cardo,
le dará un fresco chubasco de verano?

¿Quién supone que en la inmensidad
nubes y agua y rayos habrá?

Todo está límpido y fresco
como canto de rana al compás del momento.

Todo se ahueca y se torna perfecto.
El sonido que nace y se repite en su eco.

Y de repente, quién sabe qué Secreto Ser,
nos brinda la música que brota al llover.

El campo incendia
sones de rana
en la noche,

en la noche.

Las luces apagan
la flor oscura
en la noche.

El viento vuela
su alma incorpórea
en la noche,

en la noche.

El árbol desnuda
sus hojas vestidas
en la noche.

El pasto endurece
su blando espiral
en la noche.

Es la noche.

El día alarga
su vida estática
en la noche.

El sol se entibia
con agua fresca
en la noche.

Es otoño.

Con cada momento, con cada sonrisa,
el viento que vuela transfórmase en brisa.

Por cada silencio, por cada verano,
el agua impalpable conviértese en mano.

A cada batalla, a cada derrota,
el fuego que quema transfórmase en gota.

Con cada recuerdo, con cada destino,
algún mudo pájaro encuentra su trino.

En cada dibujo, en cada sonido,
en cada palabra -o verso- que escribo,
en cada mirada de un tiempo perdido...
En todos mis actos, verás por qué vivo.

Agradezco al sol
cada rayo que escapa de su vientre;
cada luz que reparte por tu cara;
todos los veranos.

Agradezco al cielo
cada tono que empieza con tu nombre;
cada sueño que vuela a su dominio;
las mañanas puras.

Agradezco al suelo
sujetarte plenamente en su espalda;
mantenerte en nuestro mundo a mi lado;
las rosas más púrpuras.

Agradezco al tiempo
que me deja despertarte a cada instante;
que te trae con coronas de jazmines;
las clepsidras viejas.

Agradezco a Dios
cada verso que me da todas las noches;
cada hora que nos pone frente a frente.
Y el silencio de los años posteriores.

Sembré vida en las noches de este año
transitando las costas del abismo,
dando muerte a la muerte de mí mismo,
tripulante en los mares de Lo Extraño.

Cada noche avancé por la espesura;
cada paso marcó nuevo destino;
no hubo lunas ni soles en camino;
sólo el mar y el coraje. Aventura...

Fueron ojos amados sin consejo,
fueron sueños soñados por la bruma,
fueron besos besados en mi espejo...

¡Poco importa si es breve esta espuma!.
Sé que hoy, vislumbrando lo que dejo,
dejo al mar, que certero, me consuma.

El jinete era rubio y marchaba en mis ancas,
las espuelas al viento.
Sus ojos eran verdes. Sus labios eran rojos.
Su figura era erguida estampa de verano.
La música de sus palabras brotaba de las manos,
las manos que de a ratos se convertían en bandadas
y volaban en mi cuerpo como si golondrinas,
o como si el viento.

El jinete era rubio y avanzaba las playas
con mi cuerpo a cuestas.
Remontaba las olas o cantaba en la noche
o jugaba.
Su cuerpo era alto. Sus manos muy blancas.
Sus dedos eran flautas de oro y de seda,
tules de hilos ebúrneos o lirios en la madrugada.

El jinete era rubio y era mío.
Quizás eso para mí no fuera nada:
creo que yo mismo un día confuso
lo arrojé al abismo que hoy nos separa.

Y así -potro sin jinete- avanzo
por las pampas del olvido, recordando.

"Umbrío por la pena..."

"¿No oyes caer las gotas de mi melancolía?"
RUBÉN DARÍO

La lluvia
ablanda las sombras
en el repiqueteo del agua.

Toda la casa
desaparece
bajo su sábana.

La lluvia
tranquila y sola
teje fantasmas
en la mañana.

Poco a poco
todas las cosas
se diluyen y viajan
hacia la nada.

Ah... Si la lluvia
mojara el alma...

Pájaro.
Me sentí pájaro esta mañana.
Sentí mis alas.
Sentí mi pico.
Sentí mi cuerpo aerodinámico.
Sentí mis plumas.
Sentí el aire.
Sentí el vuelo.
Sentí una pedrada.
Sentí la muerte.
Sentí todo.
Me sentí pájaro esta mañana.
Sentí cómo las flores me saludaban.
Sentí cómo el viento me acariciaba.
Sentí a las nubes como mi casa.
Sentí la vida esta mañana.
Sentí el deseo de ser pájaro una vez más.
Sentí el deseo de volver a volar.
Sentí ganas de llorar.
Quise ser pájaro esta mañana.
Sólo pude ser un sueño inmortal.
Quise ser pájaro esta mañana;
ser pájaro y no despertar.

“Llueve... Y uno quisiera, sin embargo,
que no acabara nunca de llover”
LEOPOLDO LUGONES

Llueve.
El agua engendra charcos
picados de viruela.

Llueve.
El día está oscuro
y el sol es una vela.

Llueve.
Los pájaros se escapan,
se ahogan, se mueren.

Llueve,
y la aparente
melodía de muerte
resulta alegre en nuestra mente.

Llueve...
...Y uno ya entiende
para quién llueve...

...Llueve...

Sentado estoy.
La tarde siente
corporizarse
en un farol.

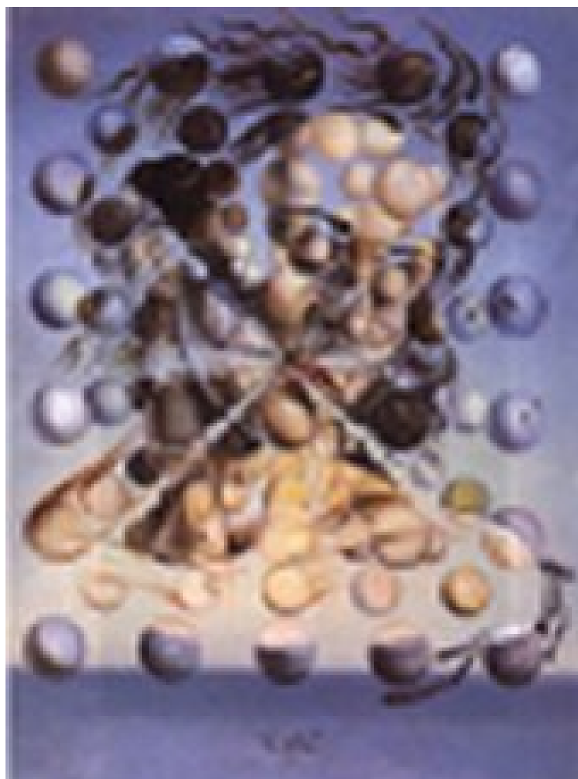
Sentado estoy.
El día debe
suicidarse...
...Matar su sol.

Sentado estoy.
La plaza corre
muy lentamente
su vida. Quiere

pasar el hoy.
Pasar la noche.
Pasar la gente...
...La tarde muere;
y yo me voy.

El mundo fulgura con pequeñas cosas
que no nos iluminan a los sumergidos en la niebla.

Fragmentos
de una felicidad que se rehúsa



———

Canción de cuna

A Luz

Tres lunas te cantan jugando a la ronda;
mil voces te acunan en sábanas blancas;
y el sol perezoso se duerme en su cueva
para que la nena se vaya a la cama.

El ángel del sueño te da su conjuro;
las ramas del árbol te silban su nana;
la noche completa detiene sus pasos
para que la nena se duerma con ganas.

Las hadas de un bosque lejano y perdido
engarzan estrellas en cintas de plata
para que la nena, vestida de sueños,
se duerma y despierte, contenta, mañana.

La mañana es un trípode que sostiene a mis ojos.
La mañana es un sol y una luna grandota.
La mañana es sonido que vagaroso flota.
Es el dulce perfume de unos manzanos rojos.

La mañana es un rey que reparte tinieblas.
La mañana es un campo cultivado de trenes.
La mañana es un cielo que derrumba sus sienes.
Es un sueño fecundo que de almohadas me puebla.

La mañana es rubí que fulgura encantado.
La mañana es un pájaro que regresa incesante.
La mañana es reloj que regala este instante.
Es tenerte a la noche. Y despertar a tu lado.

Me gusta ver el sol reflejándose en la playa;
me gustan las mañanas y los atardeceres;
me gusta tu victoria, encerrada en mis paredes;
me gustan los silencios que a veces no regresan.

Me gusta oler las rosas. Me gustan los jazmines;
me gusta el mar distante y me gustan las gaviotas;
me gustan las murallas si el viento las recorta;
y si es la primavera me gustan los jardines.

Me gusta tu mirada y todo lo que me dice;
me gusta andar el aire como un ave distante;
me gusta ser pequeño y sentirme gigante;

me gusta darte un sueño y que nadie lo realice;
me gusta este segundo, mágicamente alado.
Y me gusta, ante todo, tenerte a mi lado.

El viento afina su nota
en la cara de las rocas.

Y la lluvia
prepara su intermitente figura.

¿Quién se anima a contradecir a las estrellas
que reproducen y multiplican su realeza?

¿Quién asegura que la lluvia, al cardo,
le dará un fresco chubasco de verano?

¿Quién supone que en la inmensidad
nubes y agua y rayos habrá?

Todo está límpido y fresco
como canto de rana al compás del momento.

Todo se ahueca y se torna perfecto.
El sonido que nace y se repite en su eco.

Y de repente, quién sabe qué Secreto Ser,
nos brinda la música que brota al llover.

El campo incendia
sones de rana
en la noche,

en la noche.

Las luces apagan
la flor oscura
en la noche.

El viento vuela
su alma incorpórea
en la noche,

en la noche.

El árbol desnuda
sus hojas vestidas
en la noche.

El pasto endurece
su blando espiral
en la noche.

Es la noche.

El día alarga
su vida estática
en la noche.

El sol se entibia
con agua fresca
en la noche.

Es otoño.

Con cada momento, con cada sonrisa,
el viento que vuela transfórmase en brisa.

Por cada silencio, por cada verano,
el agua impalpable conviértese en mano.

A cada batalla, a cada derrota,
el fuego que quema transfórmase en gota.

Con cada recuerdo, con cada destino,
algún mudo pájaro encuentra su trino.

En cada dibujo, en cada sonido,
en cada palabra -o verso- que escribo,
en cada mirada de un tiempo perdido...
En todos mis actos, verás por qué vivo.

Agradezco al sol
cada rayo que escapa de su vientre;
cada luz que reparte por tu cara;
todos los veranos.

Agradezco al cielo
cada tono que empieza con tu nombre;
cada sueño que vuela a su dominio;
las mañanas puras.

Agradezco al suelo
sujetarte plenamente en su espalda;
mantenerte en nuestro mundo a mi lado;
las rosas más púrpuras.

Agradezco al tiempo
que me deja despertarte a cada instante;
que te trae con coronas de jazmines;
las clepsidras viejas.

Agradezco a Dios
cada verso que me da todas las noches;
cada hora que nos pone frente a frente.
Y el silencio de los años posteriores.

Sembré vida en las noches de este año
transitando las costas del abismo,
dando muerte a la muerte de mí mismo,
tripulante en los mares de Lo Extraño.

Cada noche avancé por la espesura;
cada paso marcó nuevo destino;
no hubo lunas ni soles en camino;
sólo el mar y el coraje. Aventura...

Fueron ojos amados sin consejo,
fueron sueños soñados por la bruma,
fueron besos besados en mi espejo...

¡Poco importa si es breve esta espuma!.
Sé que hoy, vislumbrando lo que dejo,
dejo al mar, que certero, me consuma.

El jinete era rubio y marchaba en mis ancas,
las espuelas al viento.
Sus ojos eran verdes. Sus labios eran rojos.
Su figura era erguida estampa de verano.
La música de sus palabras brotaba de las manos,
las manos que de a ratos se convertían en bandadas
y volaban en mi cuerpo como si golondrinas,
o como si el viento.

El jinete era rubio y avanzaba las playas
con mi cuerpo a cuestas.
Remontaba las olas o cantaba en la noche
o jugaba.
Su cuerpo era alto. Sus manos muy blancas.
Sus dedos eran flautas de oro y de seda,
tules de hilos ebúrneos o lirios en la madrugada.

El jinete era rubio y era mío.
Quizás eso para mí no fuera nada:
creo que yo mismo un día confuso
lo arrojé al abismo que hoy nos separa.

Y así -potro sin jinete- avanzo
por las pampas del olvido, recordando.

"Umbrío por la pena..."

"¿No oyes caer las gotas de mi melancolía?"

RUBÉN DARÍO

La lluvia
ablanda las sombras
en el repiqueteo del agua.

Toda la casa
desaparece
bajo su sábana.

La lluvia
tranquila y sola
teje fantasmas
en la mañana.

Poco a poco
todas las cosas
se diluyen y viajan
hacia la nada.

Ah... Si la lluvia
mojara el alma...

Pájaro.
Me sentí pájaro esta mañana.
Sentí mis alas.
Sentí mi pico.
Sentí mi cuerpo aerodinámico.
Sentí mis plumas.
Sentí el aire.
Sentí el vuelo.
Sentí una pedrada.
Sentí la muerte.
Sentí todo.
Me sentí pájaro esta mañana.
Sentí cómo las flores me saludaban.
Sentí cómo el viento me acariciaba.
Sentí a las nubes como mi casa.
Sentí la vida esta mañana.
Sentí el deseo de ser pájaro una vez más.
Sentí el deseo de volver a volar.
Sentí ganas de llorar.
Quise ser pájaro esta mañana.
Sólo pude ser un sueño inmortal.
Quise ser pájaro esta mañana;
ser pájaro y no despertar.

"Llueve... Y uno quisiera, sin embargo,
que no acabara nunca de llover"
LEOPOLDO LUGONES

Llueve.
El agua engendra charcos
picados de viruela.

Llueve.
El día está oscuro
y el sol es una vela.

Llueve.
Los pájaros se escapan,
se ahogan, se mueren.

Llueve,
y la aparente
melodía de muerte
resulta alegre en nuestra mente.

Llueve...
...Y uno ya entiende
para quién llueve...

...Llueve...

Sentado estoy.
La tarde siente
corporizarse
en un farol.

Sentado estoy.
El día debe
suicidarse...
...Matar su sol.

Sentado estoy.
La plaza corre
muy lentamente
su vida. Quiere

pasar el hoy.
Pasar la noche.
Pasar la gente...
...La tarde muere;
y yo me voy.

El mundo fulgura con pequeñas cosas
que no nos iluminan a los sumergidos en la niebla.

En orden de aparición:

A mis padres, porque con ellos empezó todo, y en ellos continúa;
A mis familiares, porque están y son parte;
A Graciela Raffo, porque soy lo que ella determinó, sin proponérselo;
A Emiliano, porque allí estaba todo, y tan cerca;
A Marina, porque aunque no lo sabe, su rumbo es un buen espejo.

De haber sido posible, este libro hubiera en las manos de algunas personas que han muerto.
Y en las de otras, lejanas como si.

Epílogo

Mi intención al compilar estos libros ha sido la de rastrear la construcción de un personaje, un *yo* que poetizara sus visiones, a veces disociadas, ante el devenir. A la distancia, la cronología se cruza con cierta concepción de la autobiografía que prefiere las infinitas máscaras tras las cuales se ocultaban algunos de mis *yo* más preciados junto con los otros, acaso deleznables pero siempre presentes. Aquí se han congregado las diferentes voces de esos diferentes que he sido, al menos hasta cierto momento. Desconfío de aquellos que desdeñan escribirse: somos los que somos, en caótica coexistencia. Sería inútil reducir estas páginas a un proyecto o poética, pues ambos cambian ni bien transcurren las horas. En definitiva, entonces, el tema es el amor, y quien escribe, el que decide a cada paso. Estos que aquí firmamos no son los que habitaban el pasado, y los que perduran prefieren mostrarse de otro modo.

Los seis libros que conforman este poemario han sido pensados en función de distintos intereses y necesidades: si hoy se presentan juntos es porque, más allá de su especificidad, existe entre ellos un vínculo más profundo que evidente. Muchos ejercicios fueron trazos que no resistieron la mínima selección; otros han logrado subsistir, casi mutilados hasta el cansancio. Sin embargo, abnegado lector, en las páginas anteriores no encontraste al que soy y que se garabatea en otras páginas futuras. Esta ventaja que te llevo, no obstante, no es definitiva.

Marzo de 2001

Índice